

La guerra cultural no terminará

LILI LOOFBOUROW

16

LETRAS LIBRES
OCTUBRE 2020

El ascenso del trumpismo demostró algo que muchos izquierdistas estadounidenses llevaban décadas afirmando mientras los centristas lo descartaban como una burda exageración: una minoría importante del pueblo estadounidense es capaz de adular casi como a un dios a un hombre blanco—por muy incompetente, corrupto y ensimismado que sea— con tal de que dé voz y validez al supremacismo blanco. El trumpismo refleja tendencias sociales mucho más antiguas que el empresario de Queens, pero la estrella de telerrealidad supo aprovechar un conflicto doloroso para inflar sus *ratings*. Si bien Donald Trump captó la frustración del gringo racista ante un presidente negro y explotó esa rabia, hay que reconocer que su figura es más síntoma que causa.

No importa: ahora, Donald Trump pertenece netamente al grupo que lo celebra (y al que no fue capaz de rechazar ni en Charlottesville, donde marchaban los neonazis). Para los etnonacionalistas, la etapa actual de la guerra cultural empezó con la elección del presidente Barack Obama. La reacción en su contra fue extrema e histérica. Muchos conservadores blancos se prepararon como para una guerra o un colapso social. Compraron armas y oro. Predicaron que llegaría un colapso económico. Es evidente que esta minoría blanca experimentó la presidencia de Barack Obama—es decir, la superioridad *oficial* de un hombre negro— como una amenaza y una humillación.

Lo curioso de la ola etnonacionalista que ahora sacude al país es que ha perdurado y crecido *a pesar* de que Trump ganó la presidencia. Para el trumpismo, no bastó con instalar a su representante. Todo lo contrario.



Fotografía: Brian Cahill/ZUMA Wire

La rabia en contra de Obama arde todavía—y crece—. Esto se manifiesta indirectamente en la impunidad de Trump ante cada escándalo que habría aniquilado a cualquier otra presidencia. Ningún principio republicano prima sobre la dicha con que el trumpista observa a Trump insultar a las fuerzas armadas, exaltar a dictadores como Kim Jong-un y Vladímir Putin, abusar de nuestros aliados, estropear el servicio de correo, destruir la fe pública en la legitimidad de las elecciones, politizar los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades y la Administración de Alimentos y Medicamentos durante una pandemia, defender el asesinato del periodista Jamal Khashoggi y mentir constantemente al público. Pero para el trumpista estos defectos se convierten en virtudes. Total, la

vinganza del supremacista blanco consiste en celebrar y hacer alarde del doble estándar. *No importa lo que bagas ni lo que bagamos. Alabaremos como un santo y un héroe al blanco ignorante y corrupto antes de reconocer cualquier mérito de un presidente negro honesto y capaz.* Mientras más ofende Trump, más lo alaban por la cualidad contraria. Por ejemplo: Trump le deseó lo mejor a Ghislaine Maxwell, la socia de Jeffrey Epstein acusada de traficar y violar a menores de edad (existen varias fotografías suyas con Epstein y Maxwell). Sin embargo, según la teoría de conspiración trumpista QAnon, Trump es poco menos que un superhéroe luchando por salvar niños traficados.

¿Qué pasará entonces con ese fanatismo si Trump pierde? A estas alturas sería irresponsable hacer un pronóstico. Quizá las milicias trum-

pistas salgan a las calles. Fuentes propagandísticas como Fox News y OANN se esmerarán en echarle leña al fuego, y quién sabe qué harán los cientos de miles de seguidores de QAnon. La guerra cultural no parará si Trump pierde. Pero crecerá si Trump gana.

Cuando Trump mezcló el victimismo del supremacista blanco frustrado con su característico yoísmo, la combinación fue explosiva y potente. No se debe subestimar. Pero también provocó una reacción adversa. Y esa desilusión furiosa —casi un asco político— no se refiere solo a Trump. Incluye la fragilidad y la corrupción institucional que los excesos de Trump han revelado. Black Lives Matter empezó gracias a los activistas que llevan años creando un movimiento capaz de efectuar una reforma social, pero surgió porque muchos estadounidenses están por fin dispuestos a ver problemas que sin el trumpismo quizá seguirían ignorando. Ya no. El público ha visto y reconocido la conducta nefasta de la policía en una ciudad tras otra. Imposible no hacerlo. Cuando los trumpistas se jactan del doble estándar racista y la policía abusa abiertamente de los ciudadanos que protestan por su maltrato, ya no se puede negar que existen dos sistemas de justicia.

La guerra cultural no empezó ni terminará con este presidente, pero el conflicto entre los trumpistas y sus opositores se ha agudizado a un punto casi insostenible. Mirando hacia delante, quizá la lección más valiosa para esta democracia insalubre ha sido que para el etnonacionalismo (y para Donald Trump) la victoria no basta. El supremacismo blanco es paranoico e insaciable. Su agresividad aumenta cuando tiene más poder. Si no hay forma de apaciguar el extremismo ni con compromisos ni con la misma presidencia, de nada sirve la timidez. —

LILI LOOFBOUROW es escritora. Publica regularmente en *Slate*.



Fotografía: Kyle Mazza/NurPhoto via ZUMA Press

Panorama desde la frontera

ALFREDO CORCHADO

EL PASO. Todo empieza y termina con el “hermoso” muro de Trump, símbolo de su campaña hace cuatro años y símbolo de nuevo ahora. No importa que solo ha construido diez kilómetros donde antes no había vallas fronterizas. Importa el símbolo. Durante esta campaña de reelección, Trump ha insistido en que “México” pagará por el muro. Por “México”, ahora se refiere a peajes al cruzar los puentes internacionales o un impuesto sobre las remesas que envían a casa. Pagarán los mexicanos, dice Trump.

De ser así, quizás Andrés Manuel López Obrador ha sido el primero en pagar. Como candidato presidencial, López Obrador arremetió contra las políticas de inmigración de Trump e insistió en que México ya no sería su “piñata”. Ahora, el presidente de México es considerado uno de los aliados más cercanos de Trump. Los dos comparten un estilo de gobierno similar. Ambos son vistos como figuras populistas, frecuentemente divisivas y tercas que ven a los medios como archi-

enemigos. Pero hay otras coincidencias. Como varios de sus antecesores, López Obrador ha sido un facilitador de la farsa de Estados Unidos, apaciguando los caprichos de la bestia del norte. Bajo amenazas de nuevos aranceles y otras medidas punitivas cuestionables, López Obrador le ha dado a Trump el muro que añoraba. El uso de la fuerza en México casi ha logrado detener a los migrantes que tratan de llegar a Estados Unidos.

Las consecuencias han sido mortales.

El 3 de agosto del 2019, un hombre blanco de veintiún años, enojado, desempleado, sin estudios universitarios y que vivía de los beneficios del gobierno, condujo más de mil kilómetros desde el área de Dallas para invadir nuestro hogar. Cometió un ataque terrorista doméstico, buscando a mexicanos para matar.

Aunque en su manifiesto dijo que el presidente no jugó ningún papel en su decisión, el supuesto asesino hizo un claro eco a las